

pacífica servidumbre. Sin embargo, la opinión media relativa al progreso coincide con la de Gibbon y comprende la mejora del ser físico desde el punto de vista de la salud, la riqueza material, el aumento de los conocimientos y, por último, el perfeccionamiento del carácter, convertido ciertamente en menos cruel, hasta más respetuoso del individuo y quizá más noble y más generoso. Así considerado, el progreso del individuo se confunde con el de la sociedad, unida por una fuerza de solidaridad cada vez más íntima.

En esta incertidumbre, conviene estudiar cada hecho histórico desde la suficiente altura y distancia para no perderse en los detalles y hallar el punto necesario desde donde puedan establecerse las verdaderas relaciones con el conjunto de todas las civilizaciones conexas y de todos los pueblos interesados. Así, entre los hombres de elevada inteligencia que niegan absolutamente el progreso, y hasta toda idea de una evolución continua hacia el mejoramiento, Ranke, historiador de gran relieve, no ve en la historia más que periodos sucesivos, con su carácter particular cada uno, que se manifiestan por tendencias diversas que dan una vida individual, imprevista, hasta «atractiva»<sup>1</sup> en los diferentes cuadros de cada edad y de cada pueblo. Según esta definición, el mundo sería una especie de pinacoteca. Si hubiera progreso, dice el escritor piadoso, los hombres, seguros de una mejora de siglo en siglo, no estarían «en dependencia directa de la divinidad», que ve con una misma mirada, y como si tuvieran un valor exactamente igual, todas las generaciones que se suceden en la serie de los tiempos. Esta opinión de Ranke, tan en desacuerdo con las que se oyen ordinariamente desde el siglo XVIII, justifica una vez más la observación de Guyau, para quien la idea de progreso está en antagonismo con la idea religiosa<sup>2</sup>. Si aquélla ha permanecido mucho tiempo latente, apenas sentida por los filósofos más ilustres del mundo antiguo; si no ha adquirido vida y plena conciencia de sí misma sino con el Renacimiento y las revoluciones modernas, débese al imperio absoluto de los dioses y de los dogmas, que se prolongó durante las edades

<sup>1</sup> Die Historie bekommt einen eigenthümlichen Reiz. *Weltgeschichte*. Neunte Theil, II, págs. 4 y siguientes.

<sup>2</sup> *Morale d'Epicure*, ps. 153 y siguientes.

antiguas y medioevales. En efecto, toda religión parte del principio de que el universo salió de las manos de un creador, es decir, comienza por la perfección suprema. Como dice la Biblia, Dios miró su obra y vió que era «buena», hasta «muy buena»<sup>1</sup>. Partiendo de ese primer estado, marcado con el sello de la divinidad, el movimiento, bajo la acción de los hombres imperfectos, no puede continuarse más que en el sentido de la decadencia y de la caída: el retroceso es fatal. Desde la edad de oro, las criaturas acaban por caer en la edad de hierro; salen del paraíso donde vivían dichosas, para abismarse en las aguas del diluvio, de donde salen para vegetar en lo sucesivo.

Además, las instituciones permanentes de las monarquías y de las aristocracias, todos los cultos oficiales y cerrados, fundados y hasta amurallados por hombres que tenían la pretensión y aun la certidumbre de haber realizado la perfección, presuponían que toda revolución, todo cambio debe ser una caída, una vuelta hacia la barbarie. Por su parte, los abuelos y los padres, «con sus alabanzas del tiempo pasado», contribuían, con los dioses y los reyes, á denigrar el presente en comparación del pasado y á prejuizar en las ideas la fatalidad de la regresión. Los hijos tienen una tendencia natural á considerar á sus padres seres superiores, y estos padres habían hecho lo mismo respecto de los suyos; el resultado de todos esos sentimientos, depositándose en las mentalidades como aluviones en las orillas de un río, tuvo por consecuencia hacer un verdadero dogma de la decadencia irremediable de los hombres. ¿No es aún en nuestros días una costumbre general discurrir en prosa y verso sobre la «corrupción del siglo?» Así, por una absoluta falta de lógica, inconsciente casi siempre, aquellos mismos que ponderan los «progresos irresistibles de la humanidad» suelen hablar de su «decadencia». Dos corrientes contrarias se cruzan en su lenguaje lo mismo que en sus impresiones: las antiguas concepciones chocan contra las nuevas, hasta en aquellos mismos que reflexionan y que no hablan á la ligera. La decadencia de las religiones suele hallarse interrumpida por renovaciones repentinas, pero

<sup>1</sup> Génesis, cap. I, vers. 10, 12, 18, 21, 25, 31.

al fin ceden ante el avance de las teorías que explican la formación de los mundos por una evolución lenta, una emergencia gradual de las cosas fuera del caos primitivo. Ahora bien, ¿qué es este fenómeno si no, por definición, el progreso mismo, ya se le admita implícitamente, como lo hizo Aristóteles, ó se le conozca en palabras precisas, elocuentes, como lo hizo Lucrecio<sup>1</sup>?

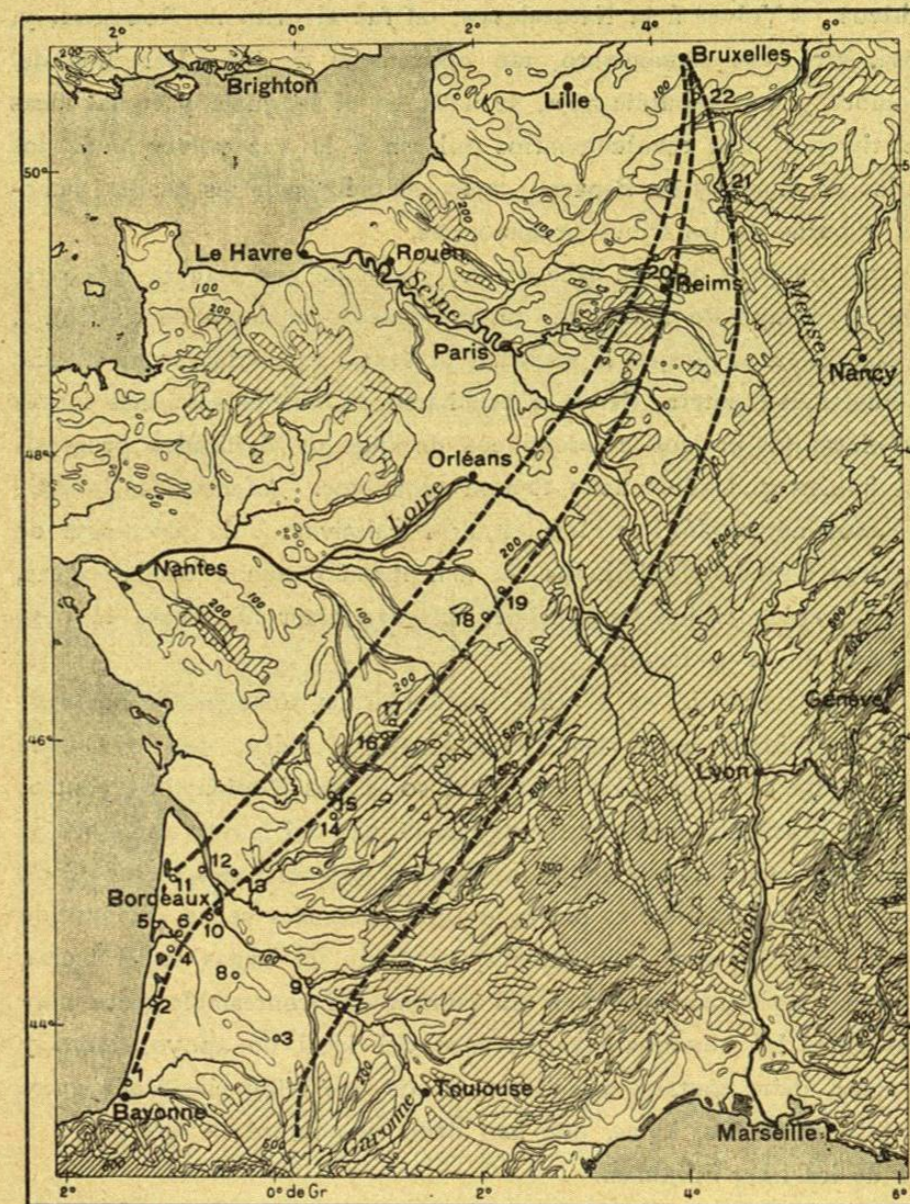
La idea de que ha habido progreso durante el curso de cortas generaciones y en el conjunto de la evolución de los hombres, debe en parte su arraigo en las inteligencias á que las investigaciones geológicas nos han revelado en la sucesión de los fenómenos, si no un «plan divino», como antes se decía, una evolución natural que iba perfeccionando sucesivamente la vida en organismos cada vez más complejos. Las primeras formas vitales cuyos restos ó huellas se ven en los cimientos más antiguos de la tierra, presentan rasgos rudimentarios, uniformes, poco diferenciados, que constituyen como otros tantos bocetos cada vez más perfeccionados de las especies que aparecen ulteriormente en el curso de las edades. Las plantas hojosas vienen después de los vegetales sin hojas: los animales vertebrados siguen á los invertebrados; de ciclo en ciclo se desarrollan los cerebros, y el hombre, llegado el último, con excepción, sin embargo, de sus propios parásitos<sup>2</sup>, es el único de todos los animales que ha adquirido, por la palabra, la plena libertad de expresar su pensamiento, y, por el fuego, el poder de transformar la Naturaleza.

Refiriendo el pensamiento á un campo más reducido, á aquel en que se limita la historia escrita de las naciones, el progreso general no aparece con la misma evidencia, y muchos pensadores sombríos han podido decir que la humanidad no progresa, sino que cambia de lugar, ganando por un lado, perdiendo por otro, elevándose por ciertos pueblos, gangrenándose por otros. En la misma época en que los sociólogos más optimistas preparaban la Revolución francesa, en nombre de los progresos indefinidos del hombre, otros escritores, impresionados por los relatos de los exploradores á quienes había seducido la vida sencilla de los pueblos

<sup>1</sup> M. Guyau, *Morale d'Epicure*, p. 157.

<sup>2</sup> Elie Metchnikoff, *Etudes sur la nature humaine*.

N.º 590. Conquista gradual de la atmósfera.



1 : 6 000 000  
0 100 200 300 Kil

Sólo se trata aquí de globos no dirigibles. El 15 de Septiembre de 1907, en un concurso de distancia, partieron de Bruselas 22 globos y descendieron en los puntos señalados con un número de orden. Las tres rayas indican la ruta del vencedor (917 kilómetros), seguida casi igualmente por muchos concurrentes, y las de los dos globos que se separaron más. Quince pilotos efectuaron un trayecto de más de 600 kilómetros y tres atravesaron el Garona exactamente por el mismo punto.

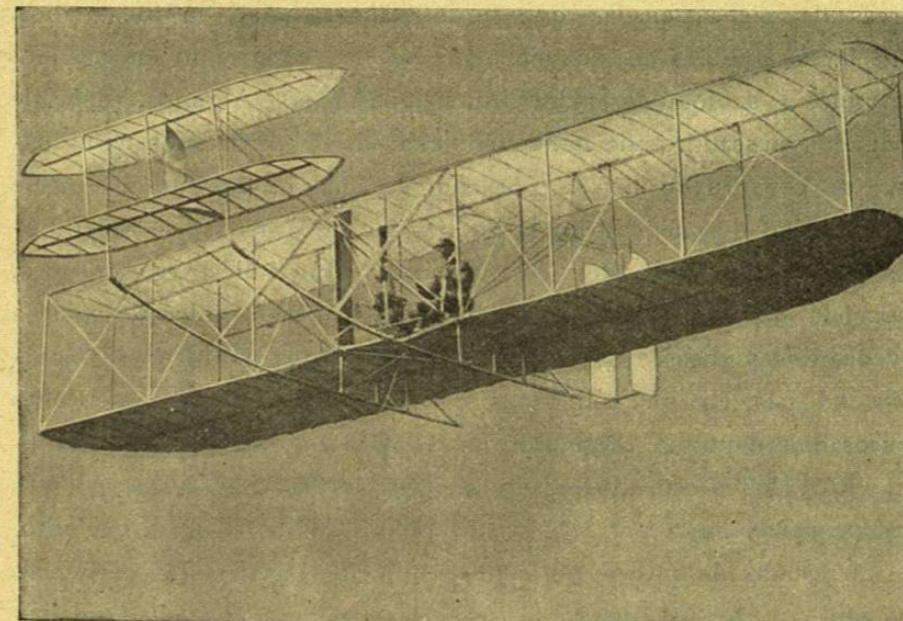
lejanos, hablaban de volver al género de existencia de aquellos primitivos. «Volver á la Naturaleza», tal fué el grito de Rousseau, y, cosa, rara, ese llamamiento, tan opuesto al de los «Derechos del Hombre y del Republicano», se halla en el lenguaje y en las ideas del tiempo. Los revolucionarios quieren á la vez volver hacia los siglos de Roma y de Esparta, como también hacia las edades dichosas y puras de las tribus prehistóricas.

En nuestros días se hace sentir, y aun de una manera más seria que en tiempo de Rousseau, un movimiento análogo de «vuelta á la Naturaleza», porque la sociedad presente, extendida hasta abrazar la humanidad entera, tiende á asimilarse de una manera más íntima los elementos étnicos heterogéneos de que los civilizados progresivos habían quedado mucho tiempo separados. Además, las investigaciones antropológicas, los estudios relativos á la psicología de nuestros hermanos primitivos, se han llevado mucho más adelante, y han venido viajeros de primer orden á traer al debate el peso decisivo de su testimonio.

No estamos ya en el caso de fundarnos solamente sobre sencillas relaciones como las de un Jean de Léry, de un Claude d'Abbeville ó de un Yves d'Evreux, sobre los Topinambos y otros salvajes brasileños, relaciones que son dignas del mayor aprecio. Se tiene algo mejor también que las rápidas observaciones de un Cook ó de un Bougainville: el tesoro de conocimientos se ha enriquecido con testimonios muy escrupulosos, producto de largas experiencias, y, entre las tribus que han de colocarse incontestablemente muy altas entre los hombres más cercanos del ideal de apoyo mutuo y de amor, debe contarse precisamente con una tribu clasificada entre los primitivos, los Aetas, que han dado su nombre de «Negros» á una de las islas Filipinas.

A pesar de todo el mal que los blancos les han hecho, esos «negritos» han permanecido dulces y benévolos respecto de sus perseguidores; pero entre ellos principalmente es donde se manifiestan las virtudes de la raza. Los miembros de la tribu se consideran todos hermanos, y al nacimiento de un hijo se reúne toda la gran familia para decir el nombre de buen augurio que recibirá el recién nacido. Las uniones conyugales, siempre monogámicas, dependen

de la libre voluntad de los esposos. Se cuida á los enfermos, á los niños y á los ancianos con perfecta amabilidad; nadie ejerce el poder, pero todos se inclinan espontáneamente ante el anciano para atestiguarle el respeto debido á su experiencia y á su edad<sup>1</sup>. ¿Hay alguna nación en Europa ó en América á la que puedan aplicarse semejantes elogios? ¿Existe aún esa humilde sociedad de los buenos



WILBUR WRIGHT EN SU AEROPLANO

Cl. Pierre Laffite.

Tomado de la *Vie au Grand Air*.

El primer vuelo de los hermanos Wright, en un aparato de motor, en 17 Diciembre de 1903.

Aetas? ¿Ha podido conservar sus nidos de ramajes entretreídos y sus chozas de bambús ó de palmas, á pesar de las grandes cazas americanas?

Tomemos otro ejemplo entre hombres que tengan un horizonte más extenso, entre poblaciones que se aproximen á la raza blanca y que, por su mismo género de vida, se vean obligados á pasar una gran parte de su existencia fuera de la casa materna. Los Unungunes, designados por los Rusos con el nombre de Aleutas,

<sup>1</sup> Semper, *Die Philippinen und ihre Bewohner*; F. Blumentritt, *Versuch einer Ethnographie der Philippinen*; Ergänzungsheft zu den *Pet. Mit.*, n.º 67.

tomado de la denominación de las islas en que están establecidos, habitan una región de lluvias, de vientos y de tormentas: adaptándose al medio, construyen cabañas subterráneas, formadas en su mayor parte de ramas trenzadas cubiertas de barro endurecido, que reciben luz por una claraboya de la parte superior á través de una gruesa lente de hielo. Las necesidades de la alimentación han hecho de los Aleutas un pueblo de pescadores hábiles en el manejo de barcas de pieles, en las que se introducen como en un tambor. Los mares temibles en que navegan les han convertido en marinos intrépidos y sabios adivinadores de tempestades. Algunos, especialmente los pescadores de ballenas, llegan á ser verdaderos naturalistas, que constituyen una corporación especial en la que no puede entrarse sino después de un largo período de pruebas<sup>1</sup>. Los Aleutas, como sus vecinos de tierra firme, son muy diestros escultores, y se han hallado objetos muy curiosos en sus sepulcros, bajo la bóveda de las rocas. La complejidad de la vida aleutiana se manifiesta además en un código de convenciones sociales, practicadas rigurosamente por la costumbre entre parientes, aliados y extranjeros. Llegados á este alto grado relativo de civilización, los Aleutas permanecieron hasta una época reciente, á causa de su aislamiento, en un estado de paz y perfecto equilibrio social. Los primeros navegantes europeos que entraron en relaciones con ellos, alaban unánimemente sus cualidades y sus virtudes. El arzobispo Innokenti, más conocido con el nombre de Veniaminov, que fué testigo de su vida durante diez años, los pinta como «los más afectuosos de los hombres», como seres de una modestia y de una discreción incomparable, que no incurren jamás en la menor violencia de lenguaje ó de acción: «durante nuestros años de vida común, ni una palabra grosera ha salido de su boca». No podrían compararse, á este respecto, nuestros pueblos del Occidente de Europa con el pequeño pueblo de los Aleutas. Tan admirables eran en aquellos insulares el espíritu de solidaridad y de dignidad moral, que unos misioneros ortodoxos griegos se resignaron á no intentar su conversión: «¡Para qué enseñarles nuestras oraciones, si valen más que nosotros!»<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Alphonse Pinard, *Bull. de la Soc. de Géog.*, Diciembre 1873.

<sup>2</sup> A. Bastian, *Rechtstunde*.

Á estos ejemplos elegidos en diversos estados de la civilización, pueden añadirse otros, igualmente significativos, tomados en los viajes de los sociólogos ó en las obras especiales de etnología. Pueden hacerse constar también muchos casos en que la superioridad moral, lo mismo que una apreciación más serena de la vida, se encuentran en sociedades llamadas salvajes ó bárbaras, muy inferiores á la nuestra por la comprensión intelectual de las cosas. En la espiral indefinida que la humanidad no cesa de recorrer, evolucionando sobre sí misma por un movimiento continuo vagamente asimilable á la rotación de la Tierra, ha sucedido con frecuencia que ciertas partes del gran cuerpo se han aproximado más que otras al foco ideal de la órbita. Quizá será conocida un día en toda su precisión la ley de ese vaivén: actualmente basta consignar los simples hechos sin arriesgarse á deducir conclusiones prematuras y sobre todo sin aceptar las paradojas de sociólogos desilusionados y pesimistas que no ven en los progresos materiales de la humanidad más que los indicios de su decadencia.

Grandes pensadores se han abandonado, al parecer, en ocasiones á esta impresión. El memorable pasaje del *Malay archipelago*, publicado por A. R. Wallace, ¿no puede ser considerado como una especie de manifiesto, como un reto dirigido á los que aceptan sin restricción la hipótesis del progreso indefinido de la humanidad? Y ese reto espera todavía su respuesta. No es, pues, inútil recordar sus palabras y tomarlas por texto de comprobación en los estudios históricos: «Si el ideal social es la armonía de la libertad individual con la voluntad colectiva, realizada por el desarrollo, convenientemente equilibrado, de nuestras fuerzas intelectuales, morales y físicas, estado en que cada uno y todos seremos tan aptos para la vida social, por el conocimiento de lo que es justo y por la irresistible inclinación á informar en ello nuestra conducta, que las restricciones y las penas no tendrán ya razón de ser... ¿no es sorprendente que en un grado muy ínfimo de la civilización se halle algo aproximado á ese estado de perfección? Yo he vivido mucho tiempo en medio de las comunidades de salvajes en la América del Sud y en el Extremo Oriente, que no tienen más leyes ni más tribunal que la opinión pública libremente expresada por la